

EL RITO DE LA QUEIMADA

Les puedo decir una cosa. Da brincos y saltos el corazón oír desde la calle del "Pez", esquina a San Roque, junto a los muros de ladrillo de un convento y las tintas frescas del periódico "Informaciones", escuchar, digo, el tamboril maragato y la chifla de la tierra.

-¿Era domingo?

-Claro que era domingo. Domingo y mucho más.

Por ahí, por esos aledaños, suena el corazón de la Casa de León en Madrid. Por ahí, algún ciento de leoneses se ha colocado junto a una mesa para departir la fraternidad. Todo sucede en Madrid. Un Madrid de calles rectas, pero estrechas. Un Madrid que puede ser el "Toledo de Tristana" y desde luego un Madrid de "Fortunata y Jacinta" y hasta el del teatro de Lara:

Más de cien personas se han reunido en torno a las mesas. La charla se desangra amablemente. La charla va y viene, mientras reposa el olor de un sopicaldo, lleno de esencia. Un caldo navegable de pequeños trozos, de hebras de cerdo. Pero la palabra sustituye en su tapada morisquería a cualquier otra, la verdad.

Estamos comiendo, pero sobre todo hablando. En torno a la mesa, se elevan las torres de la conversación y del conocimiento. También suben las largas y cansinas volutas de los cigarrillos. ¿Sera una comida cualquiera?

Cerca están Pereira y Úrsula. Se habla del mundo de las letras y de las artes, porque cercana está también la pintora María Aurora Martín-Santos.

En una comida, lo de menos son los platos; lo de más es la ocasión de platicar. y en esto pienso que está la filosofía, de una buena comida. En torno al diálogo se construyen todas estas imaginaciones. Claro que no son imaginaciones, ni mucho menos, las de esta mantelada. Manteles hay. Servilletas son de papel, pero los cristales -los vidrios que diría un hippy- son ahumados, como para un eclipse. Eclipse. de cordialidad la de esta reunión. Tras de sus gafas ahumadas, casi noventón, don Julio Carro probando un chorizo, que relamía los dedos. Y luego vienen las patatas. Siempre hay maneras de condimentar patatas. Esa inesquivable forma que es la cachelada. Porque la comida que están sirviendo es leonesa, pero con un acento, el berciano. ¿Nos sirven desde la Charola, desde Casa Cubelos, desde el Gato? No, es

este Madrid abribeño.

El lacón con grelos viene detrás, con sus tonos pálidos, como de moda desvaída, su verde rebajado, nada, musgoso verde de grelos-, su carne, como cocida, hebrosa, llena de baches. También el helado de color chocolate, porque es chocolate, y blancuzco de mantecado.

Leoneses de León, de la Montaña, de Maragatería, de Astorga, del sur de la provincia, del Bierzo. Todo un aroma de siete regiones. Siete, como número simbólico.

-¿Quién apagó la luz?

La luz eléctrica se apagó es cierto. Y su única razón no es otra que porque nos hemos metido en una especie de rito céltico. Es la quemada, quemada en una gran perola de aluminio. Los rostros de las damas, de los caballeros adquieren un tono lívido, como de botica de Merlín, como de aquella caverna platónica en que hervían las ideas universales. Estos colores lila, carmín, casi amarillos, tan juanramonianos se mezclan después, en el aroma del café.

Estamos a más que los postres. En los discursos, en las breves palabras, Alonso Luengo no habla esta vez, pero vivaquea entre las mesas. Bernardo García y Castañón imponen medallas de oro de la "Casa" a don Ramón y a Blas, maragato y sequecano, injertos ya en Madrid.

Antonio Pereira dice dos poemas. Uno, de "El Monte y los Caminos" y otro de "El Cancionero de Sagres. Este último nada menos que el dedicado a don Antonio G. de Lama. No es un poema de necrología sino festivo y viviente, como quien ha traspasado la vida de la historia. Un don Antonio resucitado por las palabras de otro Antonio. La comida ha terminado. Nos hemos reunido en torno a unos platos, pero lo que ha presidido ha sido la amistad cordial.

No es pecado de gula, ni tampoco virtuosismo gastronómico. Esto de hoy ha sido un modo de pasar el domingo, a lo leonés, a lo berciano, a cuatrocientos kilómetros del Bierzo. Y lo leonés se construyó en fraterna amistad siempre.

-Somos hombres, y también con palabras nos entendemos.

Esteban Carro Celada